

CONFERENCIA MAGISTRAL

EL MEDICO COMO EDUCADOR EN UNA SOCIEDAD EN CRISIS *

MIGUEL E. BUSTAMANTE ‡

La Academia Nacional de Medicina y los médicos mexicanos se han ocupado en múltiples ocasiones de la educación médica en todas sus fases y etapas, del papel del médico como profesional, de las bases para su formación y de la necesidad de actualización continua de sus conocimientos, de acuerdo con la evolución de la medicina y ciencias afines, con el propósito de que el ejercicio que aquél haga de esta profesión sea el mejor y el más eficaz en cada época, en beneficio de la colectividad.

La medicina de nuestros días, de raíz hipocrática, mantiene como características, en lo que al médico concierne, el estudio constante, su renovación cultural aun fuera del campo de su disciplina, el equilibrio en su persona de la ciencia, el humanismo y el arte y la conservación de la ética médica como norma de conducta al servir al hombre en su totalidad. Noble concepto que rigió el VIII Congreso

* Presentada en la XV Jornadas Médicas Nacionales, celebradas en Oaxaca, del 24 al 27 de enero de 1973.

‡ Académico numerario.

Internacional de Medicina Neo-Hipocrática celebrado en México en 1969.¹

Las características expresadas no han modificado su esencia, al añadir la medicina a su papel tradicional de curar al enfermo, su inmensa capacidad de proteger al sano, de defender y acrecentar la salud, de rehabilitar física y mentalmente al incapacitado. Su progreso es fruto de la observación, la experimentación y la investigación; pero la ciencia, al resolver incógnitas, encuentra sin cesar otras mayores, de las que algunas son originadas por el hombre mismo; por ello, la educación médica tropieza en todas partes, a cada paso, con nuevas dificultades en lo tocante ya al aprendizaje, ya a la enseñanza, para continuar siendo científica, humanista y social.

Algunos opúsculos y otros escritos recientes, resumen al respecto conceptos y opiniones de médicos mexicanos: *Los problemas del ejercicio profesional del médico en México*² discutidos en las mesas redondas de las V Jornadas Médicas Nacionales; *La proyección social del médico*, por Ramos³ y sus colaboradores; *Salud pública y seguridad social*, por Bustamante;⁴ *El papel de la investigación científica en la estructura de las escuelas de medicina*, de Laguna;⁵ *La actitud del médico frente al problema de su educación continua*, de Castelazo Ayala;⁶ *Medicina, humanismo y ciencias humanas*, de De la Fuente.⁷

El médico como educador en una sociedad en crisis

Los acelerados cambios que en el presente se realizan, tanto en los diferentes ramos del conocimiento como en el modo de vivir, afectan a la medicina que a su vez, influye poderosamente en la existencia

humana; pues al dominar, prevenir y erradicar los factores causantes de las grandes epidemias y al disponer de maravillosos recursos de terapéutica médica y quirúrgica, las ciencias de la salud dieron al hombre la seguridad de poder vivir sin temor frente a terribles flagelos, alejaron de él la muerte temprana, prolongaron por años su vida productiva y útil y mediante su aplicación por igual en el hogar y en el hospital, en la ciudad como en el campo, redujeron las causas morbígenas causantes de enfermedades, invalideces e incapacidades.

Pero la humanidad liberada así de muchos males, posesa de una legítima ilusión por los éxitos de la medicina, deslumbrada muchas veces por el relato de los descubrimientos en la clínica y el laboratorio y de sus aplicaciones, consecuencia en parte de la moderna tecnología, parece empeñada en que el médico pierda su lugar de hombre de ciencia, su papel de educador y protector de la salud individual y colectiva, incorporándolo en la corriente del moderno proceso generador de una explotada sociedad de consumo.

Poco sabemos de las inquietudes de médicos del Continente Asiático. Nuestra información al respecto es reducida y resultan por ende interesantes las ideas de Hakim Abdul Hamed,⁸ del Instituto de Historia de la Medicina de la India. Conmovido por los cambios desfavorables en el ejercicio de la medicina en su país y en Asia, piensa que desde Hipócrates no hay sistema alguno perdurable en medicina sin una base ética, que se halla también por lo demás en la medicina arábiga, en el Ayurveda y en la medicina china. Asienta Hamed: "Deseo expresar algunos puntos para juzgar hasta dónde la ética es parte de la medicina,

como ciencia y como arte; la forma en la que el materialismo ha desmoralizado a la civilización actual tal vez no tiene paralelo y coloca a nuestra sociedad bajo una gran tensión. La profesión médica y las condiciones sociales, sin duda están profundamente interrelacionadas. La medicina influye sobre las condiciones sociales y a su vez es afectada por ellas. Es natural, por lo tanto, que la presente tensión social esté afectando a la profesión médica, que sus efectos nocivos surjan en primer plano día a día, y que la profesión médica, que ha sido y debe ser el símbolo perfecto de la simpatía humana, esté perdiendo esta distinción y la confianza pública."

Opina que al perder los pueblos asiáticos el respeto por sus propios valores culturales y morales, bajo un barniz superficial de civilización moderna, no han encontrado un sustituto adecuado; difícil de obtener en poco tiempo y sin una reforma nacional. La presión económica ha deteriorado la condición moral de los médicos y aunque el gobierno nota lo que sucede, carece de la posibilidad de actuar.

Cree que si los educadores médicos aceptan la ética con otras ciencias básicas al enseñar medicina, hay esperanzas de armonizar los aspectos personales, profesionales, colectivos, sociales, económicos y políticos. Al respecto afirma que para que la medicina no sea instrumento de la política, aquella deberá estar basada en la ética y entonces su asociación con la política será, por lo menos, la de un socio libre e independiente.

En nuestro medio, resulta inconcuso que existe una crisis en la que están en juego la salud y la vida del hombre y de las especies vivas, por las necesidades y errores de una sociedad de consumo,

que en México lo es sólo en forma parcial, por el hecho de que nos encontramos todavía en una etapa de preindustrialización.

En esta crisis, el médico, guardián del hombre y hombre él mismo, advierte la amenaza, el peligro y el daño a la salud de su especie, el deterioro y la destrucción del medio, así como la explotación de los recursos de todas clases y tiene por todo ello el deber de luchar, biólogo por antonomasia, en terrenos que antes le parecían ajenos y hacerlo con los elementos conocidos o con otros que haya de descubrir para la supervivencia de la humanidad.

Su mejor arma, perfectible y adaptable a cualquier circunstancia, es la educación, que en el campo social debe ser la "educación médica de la comunidad" expuesta con maestría por Vasconcelos,⁹ en la XI Asamblea Médica de Occidente, en la cual expresó que para la formación de una verdadera comunidad, se requieren "funciones rectoras" entre las cuales: "las del médico, a más de ser inconfundibles, tienen lugar singular por su íntima liga con la supervivencia, lo mismo del individuo que del grupo y de la especie".

El tema del médico como educador está siempre presente en los círculos académicos, en las facultades, en las escuelas, en la mente y el corazón de cada médico. En esta ocasión me ocuparé de dos bases esenciales del enunciado tema: la del médico como educador frente a la patología social de una comunidad en crisis en el mundo, y la del médico como educador en nuestra patria, en la que parte de nuestra vida está bajo la influencia de factores de índole mundial y el resto, que abarca la mayor parte de nuestra existencia, está ligada al ambiente que nos circunda y al

medio que nos contiene, lo cual nos impone el deber de luchar por su mejoramiento, por la salud y el bienestar de los demás.

En los dos aspectos usaré un común denominador, el de la necesidad de la educación médica de los intelectuales ajenos al ramo, de los líderes y de los gobernantes, orientando estas consideraciones con el método epidemiológico;¹⁰ mismo que se ocupa del estudio de las enfermedades en su ataque a las masas humanas, que examina "las relaciones entre las enfermedades y las condiciones del medio que ordinariamente afectan el modo de vivir de los individuos" (Hirsh), y que "no es una seca recolección estadística, ni un estudio académico y abstruso, sino una entidad viva cuando se sigue teniendo como meta su fin principal, conocer la prevalencia y movimiento de la enfermedad y prevenirla en el futuro" (Boudreau).

Planteado así el fundamento de estas reflexiones, partiremos del hecho de que la civilización llamada occidental es una civilización decadente, en una sociedad mundial en crisis, de la cual saldrá mejorada si prevalecen la inteligencia, la cordura, la serenidad, la ciencia y el humanismo; en suma, la salud mental, apoyada en la salud física; podrá empeorar y aun desaparecer si dominan el egoísmo, la voracidad impulsora de la sociedad de consumo, la explotación sin freno ni medida del hombre y de los recursos de la tierra, la opresión dominante y esclavizadora de la mayoría de los seres humanos, utilizando diversas formas de dependencia económica, política, farmacológica, psicológica y aun genética, si los científicos claudican una vez más.

La crisis es biosocial y los médicos constituyen el grupo intelectual más cercano al

hombre, conocedor como ninguno de las necesidades primarias de éste o de las demandas más complejas que pudiera plantear, ya que la medicina evoluciona a la par de las sociedades, impulsando su desarrollo en el curso de la historia, por lo que el médico debe ser el educador por antonomasia de la comunidad, dado que dispone de las ciencias de la salud o sea de conocimientos para la prevención, el tratamiento y la supresión de los agentes de la patología social. Pero como muchas de las causas mórbidas no pertenecen a su campo, sino a otras disciplinas, debe aliarse a los estudios de las ciencias sociales, a los guías de la economía, la jurisprudencia y demás ciencias de gobierno de los pueblos.

El hambre como enfermedad

En la base de la crisis existe una enfermedad, el hambre, que debilita y aniquila a las tres cuartas partes de la creciente población del llamado Tercer Mundo, desprovisto de recursos económicos para su adecuada nutrición, de conocimientos para producir y obtener alimentos y de mecanismos para su distribución y correcta preparación.

El médico ha observado, siglos ha, la estrecha relación entre la pobreza, el hambre y la enfermedad. Ha escrito sobre esta situación y se ha dirigido a los gobernantes a fin de que cumplan debidamente su función de servir al pueblo. Eminentes sociólogos empiezan a percibir en 1970 la gravedad del problema social del hambre aunque sin ahondar del todo, exigiendo no obstante que se eche mano de todos los recursos de la ciencia y de la productividad, con el objeto de que desaparezca el hambre de los países en vías de desarrollo.

Tres escritos servirán de ejemplo en lo tocante al contraste entre lo sabido por los médicos y lo ignorado por otros intelectuales. El primero lo encontramos en el magnífico estudio de Arias Divito:¹¹ *Mociño y la fiebre amarilla*.

El justamente afamado médico, botánico y matemático Mociño, nacido en Temascaltepec, estudió primero humanidades y después medicina; se distinguió en la ciudad de Antequera, del valle de Oaxaca, como practicante en 1789. En Veracruz conoció la fiebre amarilla y propuso para lograr la salubridad del puerto, la limpieza de la ciudad y de sus extramuros, el ensanche de sus lindes, la translación del camposanto, la introducción de agua dulce corriente, la construcción de sumideros y atarjeas, el desagüe de los pantanos, una buena policía y el establecimiento de la Junta de Sanidad. Viajó Mociño a España con don Martín Sessé, y al saber de una epidemia de la fiebre amarilla en Andalucía, enfermedad de la que tenía conocimiento y experiencia en América, se ofreció a servir sin estipendio alguno para combatirla. Estuvo de paso en Antequera y el 14 de octubre de 1804 empezó a reconocer la enfermedad y a trabajar afanosamente contra el "vómito negro".

En Écija, ciudad en la cual laboró esforzadamente, advirtió como humanista y médico que: "la suma miseria de los habitantes era una causa de que la epidemia procediera con mayor malignidad" y que "la capacidad del hambre no se remedia con la medicina". Insistió con las autoridades en las consecuencias del hambre del pueblo y "con sumo dolor, palpó, asimismo, la insuficiencia de su método curativo en muchos casos cuya incorregibilidad depende de unas causas ajenas totalmente

de la jurisdicción médica, y solo propia de las solicitudes paternales del gobierno, pues no hay mal que no sea muy grave en las personas débiles . . . La numerosísima clase de indigentes en este pueblo (el de Écija) es una porción de leña seca, casi convertida en paja, que se incendia con suma facilidad con una sola chispa . . . Muchas personas hay que llevan muchos meses enteros de no probar carne, que raro día consiguen un pedazo de pan muy mal acondicionado, y que por ese motivo hacen su comida de legumbres, yerbas y frutas nada nutritivas; acallan simplemente los ladridos de un estómago ambriento . . ."

"El mal, Sor. Exmo., es más grande por este aspecto, que por el puramente patológico, y por lo mismo necesita que los auxilios económicos sean auxiliares de los terapéuticos: sin alimento no hay vida . . . Yo haré lo que dicta el arte hasta donde alcanza la pequeña esfera de mi incomprensión; más no podré salvar al pueblo si no cuento con alimentos para sostenerlo . . ." Y agregó ser el mal tan urgente que si no se tomaban prontos y extremos arbitrios, "perderemos millares de hombres, que podríamos salvar a costa de medio millón de reales. Por descontado exige la economía pública que se sacrifiquen algunos caudales para remediar esta miseria y afianzar la prosperidad nacional" (citas tomadas de Arias Divito).¹¹

A Mociño se le admira, al par que a Sessé, por su labor científica en la Expedición Botánica de Nueva España. Merece igualmente sitio de honor en la historia como precursor de la medicina social y educador de gobernantes en lo atañadero a las relaciones entre la desnutrición, la enfermedad y el gasto público, para con-

seguir la salubridad y la prosperidad nacional.

El segundo médico mexicano, humanista y filósofo a quien recordaremos como educador de un gobernante, el de Oaxaca en 1922, fue el doctor Ramón Pardo al señalar al gobernador la alta mortalidad infantil estudiada por el director del Instituto de Ciencias y Artes del Estado, maestro a la vez en esa gloriosa Institución, antecesora de la actual Universidad "Benito Juárez", maestro así mismo, más tarde, en la Escuela de Medicina de la Universidad Nacional.

Era el doctor Pardo¹² socio correspondiente de la Academia Nacional de Medicina en 1922, y su trabajo reglamentario versó sobre la mortalidad de los niños menores de once años en la ciudad de Oaxaca. Enumeró el hombre de ciencia, las causas de muerte de niños durante el lapso 1910-1920 y entre ellas, anotó con mayúsculas: "el Hambre de 1915, en el año llamado de la Soberanía, en que el Valle de Oaxaca que se vio aislado de toda comunicación, causó tantas víctimas que no es fácil enumerar; porque sus nombres no aparecen en los registros".

"59 niños que en 1915, se anotan como muertos por inanición, de julio a diciembre, fueron, probablemente, víctimas del hambre; en los adultos las defunciones se ponían, probablemente también, en la cuenta de inanición o enteritis por mala alimentación; estos dos grupos suman 602, de septiembre a diciembre. . ."

Pardo no ocultó lo que como médico había investigado. Dedicó su trabajo al gobernador diciéndole: "Es frecuente, Sr. General, que en diversas formas lleguen a los gobernadores, las alabanzas de los amigos y las adulaciones de los allegados; mi carácter y la amistad que le profeso,

no me permiten pisar ese terreno; pero estimo indispensable que los gobernantes conozcan las lacras de las colectividades que gobiernan. Yo he descubierto un cáncer que devora las entrañas de nuestro pueblo y creo de mi deber señalarlo." "Tal es el origen de esta dedicatoria y tal el punto útil de este trabajo que me permite llenar, en la Academia, un precepto reglamentario y, cumplir ante usted, con una obligación de ciudadano." "Por otra parte, este mal no es de los que, en una agrupación, se circunscriben a una zona determinada; señala causas generales cuyos efectos se extienden, seguramente, a todo el territorio nacional; de ahí la necesidad de denunciarlo, públicamente, a efecto de provocar investigaciones, despertar alientos y estimular voluntades que, en un esfuerzo común, respondan ante el presente, del porvenir de la República." Jamás olvidó Pardo¹³ su papel de médico educador; aparte de otras comunicaciones de filosofía medicosocial, en 1931 dio a conocer: *Algunas reflexiones sobre la acción social de la Academia*, válidas en 1972.

"Personalmente —escribió Pardo— creo como el doctor Marañón, que sí hay momentos históricos en que la eficacia social depende de cualidades próximas al instinto, como la audacia, la intuición, el golpe de vista, y hasta la fuerza bruta; llega un momento en que la inteligencia recobra la supremacía, cuando se ve, por ejemplo, que gobernar es meditar, pesar el pro y el contra de las cosas, resolver conforme a la razón. . ." "En cuanto a nosotros, en nuestro medio en la época que nos toca vivir, pertenecemos al grupo intelectual y nuestra situación es la del intelectual ante la realidad presente." "A decir verdad, la vida del intelectual es

una vida de esfuerzo que quiere siempre superarse a sí misma; una vida interior que exige de sí más de lo que exige a los demás; una vida en constante devenir en que la investigación de la verdad no tiene fin; de ahí la evolución desconocedora del salto, la marcha continua y progresiva. Habita en medio de una masa de hombres que, colectivamente, viven una vida exterior e individualmente han llegado a ser lo que son y han sabido llegar, al final a su verdad; de ahí la sorpresa ante una faz distinta de la realidad, la oportunidad del salto, la posibilidad del movimiento revolucionario que sobrepone la acción a la reflexión, en nuestra época y en todas las épocas de agitación revolucionaria. De esta diferencia de vidas resultan diferentes posiciones, que explican alejamientos, errores y hasta crueldades de criterio.

La pobreza como problema político

Contrastando con los puntos de vista que los médicos, a través de los tiempos expresaron al observar cómo en la conjugación de los fenómenos biológicos y los sociales, los primeros agravan a los segundos y viceversa, repercutiendo a la vez en los fenómenos políticos, hechos que indujeron frecuentes esfuerzos educativos en el pasado, sorprende encontrar en el presente, en plena crisis social, una casi absoluta falta de comunicación entre los especialistas en economía y en política, con los biólogos y concretamente con los médicos. Y esto ocurre cuando se habla del derecho a la salud, de la obligación que el ciudadano tiene de cuidarla y en momentos en que los presupuestos gubernamentales se incrementan para los gastos de hospitalización y curación por sobre los de prevención de la enfermedad y conservación de la salud.

Gunnar Myrdal,¹⁴ el eminente sociólogo noruego, economista ético en sus propias palabras, exponente esclarecido de la responsabilidad que los países desarrollados tienen de ayudar a las fuerzas liberales, en la acepción inglesa, que luchan en los países en desarrollo, por lograr reformas internas, con muchas probabilidades en su contra, sintetiza en cuatro puntos los más graves problemas mundiales: *a*) la carrera para fabricar armas nucleares; *b*) la contaminación del suelo, el agua y el aire; *c*) la rápida diseminación del uso de drogas nocivas, y *d*) un nuevo y amenazador problema: la abyecta condición de pobreza de la gran mayoría de la población del mundo. En tanto que los tres primeros son tremendos peligros para el bienestar de la humanidad, el cuarto que no es nuevo, lo es —afirma Myrdal— en nuestra clara percepción de su existencia.

La educación médica y social de los intelectuales

Se antoja decir que el quinto problema es el del aislamiento de los intelectuales, en claustros separados y lejanos, donde quienes cultivan una disciplina no pueden escuchar lo que otros gritan.

Acaso por deformación profesional se pida para el médico el papel de educador en la sociedad en crisis, por ser el profesional a quien mayormente corresponde el conocimiento de las ciencias biológicas y el cultivo de las humanidades. Pero si como es sabido, la descripción del círculo socioeconómico de enfermedad— pobreza, se encauzara desde hace varios siglos en los conceptos de medicina social y en los de salud pública, por lo menos desconcierta que la pobreza y sus consecuencias, en hambre y dolor humano,⁵ hayan tarda-

do tanto tiempo para ser colocados por otras disciplinas en los cuadros de las peores amenazas para el hombre.

Ya en ese lugar, la atención primordial del economista y el sociólogo se miran complementarias de la del médico moderno para enfrentarse, cada quien en su campo, pero unidos a los demás, a la ignorancia, la injusta distribución de la riqueza y la enfermedad, previniéndola o curándola.

Sabiendo que son evitables, en totalidad o en parte, la angustia, la tensión emocional, la alteración mental incrementada por los sistemas de comercialización tecnificada, impulsora de la compra de alimentos caros o de los pseudoalimentos; provocadores de la privación de comida para adquirir artículos de prestigio social impuesto; y psicofármacos, desde el alcohol hasta las drogas de múltiples procedencias —algunas perseguidas en los últimos escalones de consumo— el usuario es la víctima final hasta del pequeño distribuidor, que resulta serlo también, por la asociación internacional organizada y monstruosa de los grandes productores y fabricantes, misteriosamente inmunes.

El profesor de salud pública Hanlon,¹⁵ coloca al hombre frente a tres amenazas: 1) la de una catástrofe termonuclear, latente porque "las diversas potencias nucleares han fabricado y almacenado el equivalente de 25 000 libras de explosivos de alto poder en forma de bombas fisiónables, por cada hombre, mujer y niño que habita sobre la faz de la Tierra;" 2) una catástrofe por deterioro del medio ambiente causada por el rápido aumento de la contaminación del aire, la tierra y el agua y en el hogar por los alimentos, las drogas y diversos artículos de consumo contaminados, y 3) el riesgo de una ca-

tástrofe demográfica. Transcribe Hanlon un párrafo del ecólogo Sears: "Ninguna forma de vida puede continuar multiplicándose indefinidamente sin tener que aceptar las limitaciones de su ambiente. . . Todo jardinero inteligente sabe que no debe apurar su suerte sembrando sus plantas demasiado juntas. Aun los organismos como la maleza, los roedores, los insectos nocivos, no se procrean ni se extienden indefinidamente."

El *Homo sapiens* tardó cerca de dos millones de años, hasta 1830, en alcanzar su primer millar de millones de individuos. Tardó solamente cien años, de 1830 a 1930, para agregar el segundo millar de millones, pero mucho más importante que la amenaza de la catástrofe de la sobrepoblación, que se supone, además de la presión del número, existe ya en nuestros días la derivada de la composición de la población, predominantemente de niños y jóvenes que antes de alcanzar la edad productiva necesitan de todo para constituir una población sana: alimentos, habitación, vestido, atención médica integral y universal, educación, ocupación útil, recreación según la edad y trabajo justamente remunerado, lo que requiere en México de todos los esfuerzos, recursos, solidaridad humana, conocimientos, trabajo y servicios comunes para el desarrollo y progreso de nuestra colectividad.

Aunque siempre insistimos ante todo y sobre todo en la salud, a los médicos nos corresponde también la enseñanza, por ejemplo, de técnicas agropecuarias adecuadas a cada región del país, amén del asesoramiento a los campesinos para que cultiven y produzcan eficazmente. El profesional empleado en instituciones médicas del sector público, debe cooperar al

adelanto de la agricultura, coordinando en la comunidad sus actividades, según lo establece la ley de prevención de la contaminación ambiental.

No se trata de que el médico absorba funciones no médicas, sino de que eduque a las personas que estén en contacto con él: a los maestros, extensionistas agrícolas, presidentes municipales, ingenieros, abogados y sociólogos, para obtener su comprensión y participación y lograr una lucha solidaria contra los agentes productores de patología social.

Salud, civilización y política

En el fondo de la decadencia de la civilización occidental, están los fracasos de sus manifestaciones de dominio, o sean el colonialismo político en retirada, la concentración del poder en los más fuertes y del dinero en los más voraces; esto nos ha conducido a la crisis actual, manifiesta, por una parte, en el conflicto entre la necesidad de la especie humana de subsistir y progresar, de su inconformidad con la injusticia y de su tenaz búsqueda de la verdad y por la otra, en el aprovechamiento voraz del producto del trabajo humano, de los recursos naturales renovables y no renovables para fines de ostentación y dispendio, así como de los conocimientos científicos para el beneficio minoritario.

Snow,¹⁶ citado por Hanlon, expresa: "La historia demuestra repetidamente que cuando las comunidades científicas y las políticas no pudieron ponerse suficientemente de acuerdo, una civilización avanzada tras otra han sucumbido tarde o temprano."

Hambre y civilización

Otras civilizaciones con limitados recursos tecnológicos de producción, como la tolteca, la teotihuacana, la zapoteca y con más datos para suponerlo, la maya, probablemente desaparecieron o declinaron, por un conjunto de circunstancias no científicas, sino naturales y de carácter demográfico y político.

En el curso de un alto crecimiento de la población, ocupada ésta en construir pirámides y templos en las épocas de espera medianeras entre las cosechas, el pueblo sufrió hambre cuando escasearon las lluvias, de cuyos efectos sólo pudieron escapar los nobles que disponían de graneros, visibles todavía en las ruinas de los palacios. El temor al hambre que ha llegado hasta nuestros días y obliga al campesino maya a sembrar en cierta época, sin importarle cualquiera otra cosa, es recurrente en el proceso de su historia. Un periodo de sequía de muchos años produjo la pérdida total de las cosechas y provocó la rebelión de las mayorías hambrientas, que se lanzaron contra los obesos jefes y nobles, "los ahorcaron o degollaron"¹⁷ vaciaron los graneros y abandonaron las ciudades en busca de alimentos. Algunos astrónomos, sacerdotes y escribanos escaparon y posteriormente, lograron, con éxito vario, reconstruir las ciudades; pero la naturaleza y el hambre consecutiva a sus perturbaciones, dieron término a la edad floreciente de la admirable civilización maya-quiché.¹⁸

En la crisis actual, la naturaleza es destruida por el hombre; se contaminan la tierra, el agua y el aire; se extraen y transforman los productos hasta agotarlos; se piensa entonces en tomarlos de otros planetas. En la irracional "cultura del des-

perdicio" se incluye también, como desechable, al hombre. Por todo ello, para oponerse a ese absurdo, el médico debe ser educador.

Debe pugnar por mantener la posibilidad de actuar como biólogo, humanista y filósofo, porque necesita hacer oír su voz en los gabinetes cerrados de las minorías que pueden tomar decisiones y desviar la conducta del hombre para utilizarlo ciegamente. El médico debe diagnosticar y mostrar a tiempo la falta de salud mental de quienes conducen a la humanidad al homicidio y al suicidio.

El médico educador, enseñará la necesidad del equilibrio de todas las especies y el uso racional de la tierra, del agua y del aire. Se hará escuchar por las gentes ocupadas sólo en aumentar sus ganancias en el breve lapso de su vida.

El médico educador tendrá que ayudar a las decisiones de gobierno (como escribió Pardo), que deben tomarse después de "...meditar, pensar el pro y el contra de las cosas y resolver conforme a la razón". Para la medicina, es irracional acaparar la riqueza material por cualquier medio, vender alimentos caros y defraudar al industrializarlos, así como anunciar y vender bebidas alcohólicas para relajar la voluntad.

El médico educador, miembro de sociedades profesionales, podrá tener fuerza para oponer su conocimiento de la fisiología y la patología, para contribuir a la eliminación del mercado de drogas, sean psicofármacos, películas o novelas, que mantienen en un nivel de tensión y de frustración erótica a las jóvenes generaciones.

Como médico de salud pública me pregunto: ¿es solamente coincidencia en el mundo moderno que en estos días se ha-

ble del despertar de las ideas de libertad en los países en desarrollo, de igualdad de los seres humanos, sin distinción de posición económica, de educación, o de color de piel, de anhelos de fraternidad y abolición de la guerra; todo reunido en vigoroso movimiento juvenil, o por el contrario es dolorosa manifestación de nuestras débiles convicciones? ¿Es solamente coincidencia, que en esta época, repito, se produzca simultáneamente con esas afirmaciones, el auge mundial del comercio de las drogas, del sexo y de los señuelos de velocidad y de música estruendosa, que destruyen la capacidad de razonar, de leer y de pensar?

Parece que se utiliza la psicología, desarticulada de la medicina y de la biología para agotar o disminuir el poder del pensamiento. Los ejercicios físicos distrajeran antes parte de la inquietud sexual de los adolescentes; ahora la exacerbación erótica, aderezando psicológicamente por todos los medios visuales y audiovisuales a la hipersexualidad, conduce a la pasividad o a otra anomalía: la indiferencia. Mientras un romano glotón iba al vomitorio y después las viandas volvían a ser atractivas, pues el renovado estímulo a los sentidos dominaba la defensa fisiológica, hoy la juventud saciada e impotente no podrá acudir al "vomitorio" romano; llegará a la abolición de su voluntad, a la anulación de su capacidad para pensar, para amar y actuar, a la pérdida del don precioso de la utilización de su cerebro para cultivar el arte, las ciencias y las humanidades. Será un pasivo instrumento de la muerte ajena y propia, inerme en el proceso de la enfermedad, cautivo por su farmacodependencia; o presa de la sífilis, la blenorragia y los parásitos exógenos que le aislarán miserablemente. Los rebeldes

habrán sido convertidos por los mercados en enfermos que llegarán, en pocos años, a la incapacidad total y a la muerte.

Si la juventud inteligente razona y busca justicia social, qué mejor medio para desarmarla, particularmente en las grandes urbes donde es mayor su número, y mejor la posibilidad de educación, que darle alcohol, psicotrópicos y erotismo, justificar y facilitar el aborto, engañando a la mujer para que "se libere", no de la maternidad que es atributo biológico de las especies con diferenciación sexual, sino de la vida de otro ser humano que le impediría moverse en el grupo, que mediante ese engaño logrará usarla como objeto de placer, como hembra liberada. Y en este caso, el médico pasa de profesional neohipocrático de la medicina, a ser el técnico eliminador de óvulos de reciente fecundación, al servicio de una sociedad cultivadora del desperdicio y de su propio aniquilamiento.

No obvia repetir que el hambre, deliberadamente mantenida, año tras año, producirá generaciones de desnutridos; este problema mundial de supervivencia es también nuestro primer problema de salud pública; ya que científicamente han comprobado los investigadores mexicanos, en la clínica, en el campo y en el laboratorio, las secuelas nocivas de la desnutrición aguda en la infancia y de la desnutrición prolongada en el adolescente y en el adulto. No hay padecimiento que no se agrave en el desnutrido; el desarrollo mental se retarda y se sospecha, con razón, la existencia de alteraciones genéticas por la desnutrición prolongada. Estos conocimientos biomédicos no se han divulgado en cuanto a sus consecuencias para la mayoría de la población que por desnu-

trición será débil, enfermiza e ignorante. Los médicos no han educado a economistas, sociólogos y políticos en la urgencia de evitar la dominación del hombre por la desnutrición programada, incrementando su efecto nocivo por la alcoholización individual, familiar y colectiva.

Esta no es una suposición, tiene firme apoyo en una recomendación internacional, adoptada al concluir el simposio sobre el hambre que se efectuó en Saltsjöbaden de Suecia, en agosto de 1970. En las deliberaciones se recordó que las armas bacteriológicas han sido desechadas como instrumento bélico y se convino por unanimidad en que "el hambre, utilizada como instrumento de presión o de castigo contra individuos y poblaciones, sean éstas grandes o pequeñas, constituye una violación a los derechos humanos y debe ser proscrita".¹⁹

El médico desde hace mucho tiempo ha estado obligado a ocuparse de la educación médica de la comunidad, pero en la actual sociedad en crisis, en forma mediata y constante debe convencer y persuadir a gobernantes, antropólogos, economistas, pedagogos y líderes, de la necesidad de tener en cuenta, para el bienestar y el progreso, la función prevalecte de la medicina en la defensa de la salud física, mental y social. Aunque esto conduzca a pensar en la necesidad de transformaciones políticas y sociales, esta conclusión es inevitable ante la amenaza real que para la supervivencia humana constituyen los factores de patología social, originados en su mayor parte, en la conducta del hombre mismo, ante la posibilidad de prevenirlos, de suprimirlos o aun de modificarlos favorablemente, por acción de la medicina social.

REFERENCIAS

1. Medicina neo-Hipocrática. Memorias del VIII Congreso Internacional. 1969.
2. Academia Nacional de Medicina: *Problemas del ejercicio profesional del médico en México*. Mesas Redondas de las V Jornadas Médicas Nacionales. México, Imprenta Universitaria, 1960.
3. Ramos, P.; Díaz González, J. M.; Alvarez Manilla, J., y Alvarez Tostado, M. J.: *Proyección social del médico*. México, 1965.
4. Bustamante, M. E.: *Salud pública y seguridad social*. Mem. II Congreso de la Academia Nacional de Medicina, 1969, Vol. 1, p. 1.
5. Laguna, J.: *Papel de la investigación científica en la estructura de las escuelas de medicina*. GAC. MÉD. MÉX. 103:89, 1972.
6. Castelazo Ayala, L.: *La actitud del médico frente al problema de su educación profesional continua*. GAC. MÉD. MÉX. 103:175, 1972.
7. De la Fuente, R.: *Medicina, humanismo y ciencias humanas*. GAC. MÉD. MÉX. 103:355, 1972.
8. Hamed Abdul, H.: *Notes on ethical basis of medicine*. Nueva Delhi, Institute of the History of Medicine. 1961.
9. Vasconcelos, R.: *La educación médica de la comunidad. Simposio sobre la medicina del futuro y sus bases ético-filosóficas*. XI Asamblea Médica de Occidente, Guadalajara, 1971.
10. Bustamante, M. E.: *La epidemiología en el progreso de la medicina*. GAC. MÉD. MÉX. 71:549, 1941.
11. Arias Divito, J. C.: *Mociño y la fiebre amarilla*. Historia Mexicana 15:97, 1965.
12. Pardo, R.: *Mortalidad de los niños menores de once años en la ciudad de Oaxaca considerada en los años de 1910 a 1920 inclusive*. Oaxaca, Editorial Patria. 1922.
13. Pardo, R.: *Algunas reflexiones sobre la acción social de la Academia*. GAC. MÉD. MÉX. 62:195, 1931.
14. Myrdal, G.: *The world poverty problem*. Britannica Book of the Year 1972. The University of Chicago, 1972.
15. Hanlon, J. J.: *La salud, los valores y el ambiente del hombre*. Bol. Of. San. Pan. 72: 316, 1972.
16. Snow, C. P.: *The two cultures and the scientific revolution*. Reeditado bajo el título: *Dos culturas y una segunda*, Cambridge University Press, 1964.
17. *El libro de los libros de Chilam Balam*. Trad. de sus textos paralelos por Alfredo Barrera Vázquez y Silvia Rendón, basada en el estudio, cotejo y reconstrucción hechos por el primero, con introducciones y notas. México, Fondo de Cultura Económica, 1948.
18. Bustamante, M. E.: *Las enfermedades y las catástrofes en los códices y en los primeros libros maya-quichéns, de Guatemala y México*. En preparación.
19. Recomendaciones del simposio sobre el hambre, relativo a las operaciones de nutrición y socorro en casos de desastre, celebrado en Saltjöbaden, Suecia, del 24 al 27 de agosto de 1970. Bol. Of. San. Pan. 71:360, 1971.